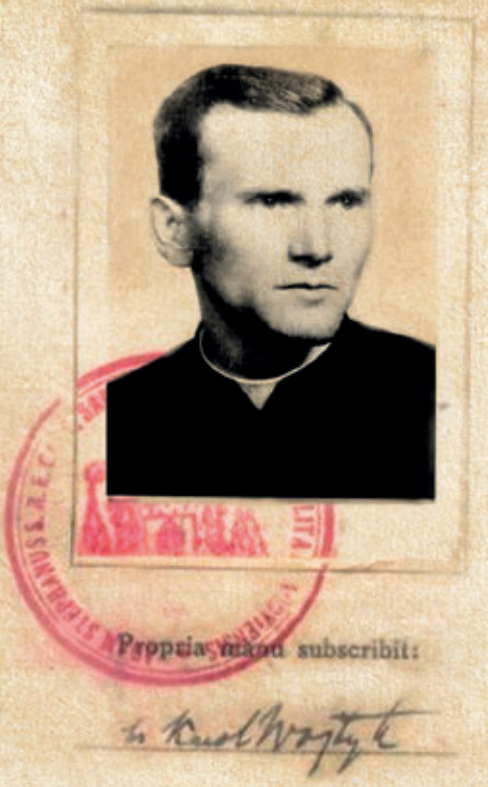
JOSÉ MARÍA ZAVALA



EL ENIGMA WOJTYLA

Un retrato desconocido de Juan Pablo II

CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE JUAN PABLO II

mr

José María Zavala

El enigma Wojtyla

Un retrato desconocido de Juan Pablo II

mr

© José María Zavala, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Iconografía: Grupo Planeta
Imágenes de interior: EFE; EPA/VATICAN POOL/EFE; STF POLAND OUT/EFE; © JERZY OCHONSKI/EFE; © ANSA/EFE; © James Andanson/Sygma vía Getty Images; © Daniele Darolle/Sygma/Getty Images; © Laski Diffusion/Getty Images; © Keystone/Getty Images; © Francois LOCHON/Gamma-Rapho/Getty Images; © Akg-images/Album; Piucho Films y archivo personal del autor.

Depósito legal: B. 14.875-2020
ISBN: 978-84-270-4787-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Índice

Un hombre de película 13

1. Madrid, 1981 19
   La sonrisa y el pulgar 20
   Las diez cuartillas 22
   La revelación 25

2. Cracovia, 2019 27
   Viaje relámpago 29
   Iván que estás en los cielos 31
   El pasmo 33

3. Kalwaria 35
   Cadena de sufrimientos 36
   «Desde hoy María será tu Madre» 41
   «Se azotaba o dormía en el suelo» 42

4. Wadowice 47
   «¿No somos todos hijos del mismo Dios?» 49
   El frondoso árbol familiar 52
   Del teatro… 55
   … a la montaña 60
   Pasando por el fútbol 62

Camino de los altares 66
El atropello 68

5. El «abogado defensor» 71
«¡Has tuteado a Juan Pablo II!» 72
La contraseña 74
El canto del trovador 75
«Me he convertido en deudor» 78

6. Tiempos convulsos 83
El joven melenudo 85
«Serio y taciturno» 87
El sastre que fue santo 89
«Era nuestro guía espiritual» 92
Seminarista clandestino 96
El principesco Sapieha 99
De la cantera a la fábrica 101
Volver a nacer 105

7. El carmelita y el capuchino 109
El sentido de la cruz 111
Zapatos de niña 112
Almas gemelas 114
«Me duele todo, pero debe ser así» 116
La princesa Cunegunda 118
Pasión por Kolbe 119
Las cartas secretas 123
«Yo también lo veo» 127

8. Repóker de ases 129
Encuentro decisivo 130
El secreto del Padre Pío 133
De «paseo» por El Vaticano 135
Testimonios abrumadores 138

En el *ring* del Santo Oficio 140
Teresa de Lisieux 144
La Ciencia del Amor 146
«Tuve un sueño» 148

9. La celda 151
El cuadro milagroso 152
La hora de la verdad 154
El bebé abandonado 156
La imprenta 158
La Virgen de Fátima 159
La hermana Pía 160

10. Jacqueline Kennedy y Wanda 163
Huida hacia delante 164
La maldición 166
«Estoy tan resentida con Dios…» 167
En San Giovanni Rotondo 169
La mirada 170

11. El exorcista 173
El primer combate 175
Víctima de un maleficio 176
Muertos de miedo 178
Más de quince mil exorcismos 180
La presencia de Juan Pablo II 182

12. Veneno puro 185
El caso Markov 186
La pesadilla de Nikodim 188
El mafioso «canta» 189
Las locuciones de Leonardi 191
De Formoso a los Borgia 192
Arma psicótica 195

Chávez y Bolívar 196
En el punto de mira 198

13. El atentado 201
Combate con la muerte 202
El león rugiente 205
La hermana que sujetó la mano 207
Toallas con sangre 209
Cuestión de glóbulos 211
La monja de las llagas 214
El rastro de Moscú 217
El testamento 219

14. La cacería 221
Las pistolas de la Gestapo 222
El estalinismo más feroz 224
Arsenal de documentos 226
Ahogado en su propia sangre 228
«La ciudad sin Dios» 231
¿Amante de Wojtyla? 233
Fines espurios 235
La provocación 238
La carnicería 241
La conquista 244
El precio de la victoria 246
Micrófonos y seguimientos 247
Los documentos 249

Bibliografía consultada 253

Anexo 1: *Wojtyla. La investigación.* La película del centenario de Juan Pablo II 255

Anexo 2: La crítica ha dicho sobre *Wojtyla. La investigación* 299

Índice onomástico 303

1
Madrid, 1981

Ofreció su vida por Juan Pablo II.

Cristino Solance

Una mano trémula introdujo la llavecita de latón en la cerradura de un antiguo secreter de madera de roble disimulado en un rincón del salón. La expectación era máxima aquel 10 de agosto de 1981. La viuda y sus cuatro hijos nos manteníamos de pie frente al mueble antiguo en sepulcral silencio, como estatuas de sal.

Tan solo dos días antes, entre el calor sofocante en el cementerio municipal de Nuestra Señora del Remedio, en Alicante, la última paletada de tierra seca cayó sobre el ataúd de Manuel Zavala, nuestro padre, y despidió para siempre su cuerpo del mundo de los vivos. Cuatro autobuses repletos de gente habían sido fletados desde Madrid para asistir al sepelio pese al paréntesis veraniego; tampoco la canícula desalentó a la caravana de amigos y familiares que permanecíamos en el camposanto, emocionados y sudorosos, entre oraciones sentidas y solemnes, dándole su último adiós.

Un aluvión de telegramas de condolencia llegó a manos de nuestra madre procedente de todos los rincones de España, así como decenas de cartas en días posteriores. Descubrimos solo entonces los innumerables favores de nuestro padre

a personas necesitadas a lo largo de su vida, incluidas varias congregaciones de monjas contemplativas. Ni una sola palabra jamás de todo aquello a nadie, ni tan siquiera a su propia esposa. Secretos inconfesables («que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu mano derecha», Mateo 6, 3) como el que ahora estábamos también a punto de conocer…

De regreso en la residencia familiar de Madrid, nos enfrentamos una vez más a lo desconocido. Nuestra madre escudriñó el primer cajoncito y halló en su interior una póliza de seguro contratada por nuestro padre, junto al estado de las cuentas corrientes y otros papeles de índole burocrática con instrucciones a nuestra madre. Abrió la segunda gaveta y fue entonces cuando nos quedamos todos estupefactos al contemplar lo que nunca sospechamos que pudiésemos ver: la esquela de nuestro padre, escrita de su puño y letra… ¡sabiendo que iba a morir! La prueba palpable de que su muerte había sido planeada por él mismo de antemano. «Menuda sangre fría», pensamos.

¿Y eso por qué…? La misteriosa pregunta nos martilleó en el cerebro durante una semana interminable, hasta poco después del funeral por el alma de nuestro padre celebrado en la Basílica Pontificia de San Miguel.

La sonrisa y el pulgar

Mientras él se debatía entre la vida y la muerte en la UCI del hospital alicantino, ninguno de nosotros soñamos ni remotamente con la posibilidad de que se tratase de un plan preconcebido por él mismo para poner fin a su vida. El suicidio era una palabra tabú en su diccionario personal. No en vano,

él era ante todo un hombre creyente y practicante, que, para colmo, rara vez en su vida había pisado la consulta de un médico. Además de apuesto —1,85 de estatura, más de noventa kilos de peso y ojos verdes—, era fuerte y había practicado incluso el boxeo durante años antes de contraer matrimonio.

Tan solo una semana antes, gozaba él de una salud a prueba de bomba y conservaba, todavía con sesenta y cinco años, una extraordinaria fortaleza física. Era un consumado experto en defensa personal, capaz de inmovilizar al más pintado en cuestión de segundos. Sus manos parecían dos remos y sus dedos, auténticas tenazas. Era una apisonadora humana.

Cuando cumplí los dieciocho años, me llevaba el pulso con la mano derecha, pese a ser él zurdo. Mi madre me contó un día que, siendo ya un sesentón, corrió detrás de un ladronzuelo de poca monta, de apenas treinta años, que le había robado el bolso durante la Misa y fue capaz de atraparlo e inmovilizarlo con una sola mano, como a un pelele.

Los días previos a su fallecimiento fui casi incapaz de conciliar el sueño. Rezaba por la noche, sin desfallecer, la novena al entonces Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, hoy santo, a quien él profesaba una devoción enorme desde que se fue al Cielo, en junio de 1975. Tuvo ocasión de conocerle en vida y de compartir con él momentos inolvidables. Me decía que era un sacerdote muy humilde, con una humanidad y simpatía desbordantes.

Cada mañana, me asomaba a la UVI para observarle a través del espejo. Aprovechaba entonces para mostrarle la novena de Escrivá de Balaguer, con una fotografía suya, mientras apuntaba con el pulgar hacia arriba. Él me sonreía, haciendo el mismo gesto con el suyo.

Comprendí luego que, mientras yo quería transmitirle que Escrivá de Balaguer intercedería por su curación, él me estaba diciendo que se iba derecho al Cielo. Y solo él sabía entonces por qué estaba tan seguro de ello.

Le operaron el miércoles 5 de agosto de una perforación intestinal y falleció al cabo de dos días. Antes de eso, pidió que me dejasen entrar solo en la UCI para despedirse de mí. Se despojó de la máscara de oxígeno y me dijo con voz audible y firme, mientras me apretaba la mano con una fuerza inusitada: «Lo único que te pido es que cuides de tu madre». Fue la última vez que le vi con vida.

Las diez cuartillas

Y ahora, de regreso en Madrid, ya sin él, no podía dar crédito a lo que contemplaban mis ojos: su propia esquela y epitafio, redactado con su estilográfica negra, a modo de luto anticipado. Nuestra madre lo leyó entre sollozos:

> Hizo siempre la voluntad de Dios;
> o mejor dicho: luchó siempre por hacer la voluntad de Dios.
> Pocas lágrimas y mucha oración, que falta le hacen.

Guardaba relación su última inscripción con esta otra que, en prosa poética, él dejó estampada también a lo largo de su matrimonio. Titulada «Fe», reza así:

> Cuántos hay que caminan
> sin saber dónde van.
> No así yo, que,

si caigo en la pelea,
sé que Tus brazos
me recogerán.

O también con esta composición, que él rotuló «Recomenzar»:

Me lanzo al día
conquistando cielos.
Si vuelvo luego
derrotado y triste,
no me niegues la luz
y la alegría
de un amanecer nuevo.

Y finalmente con una tercera, en el mismo sentido:

Me dormí pensando en Ti
y pensando en Ti despierto.
Barquito que así navega
seguro que llega a puerto.

Estábamos desconcertados y, en el caso de nuestra madre, indignada también al enterarse de un hecho semejante de aquel modo tan increíble. «¡Cómo no me ha dicho nada este hombre!», repetía ella una y otra vez, desconsolada.

Era evidente que nuestro padre había ofrecido su vida por algo, o por alguien. ¿Pero de qué o de quién se trataba? ¿A qué se debía ese sigilo tan sacramental? Los hechos hablaban por sí solos, aunque no disponíamos de más pistas para descifrar el enigma que tanto nos aturdía y mortificaba. Solo la esquela encabezada por las siglas D. E. P. (Descanse en Paz)

y una Cruz trazada por el futuro difunto, como su propia sentencia de muerte, bajo la cual figuraba inscrito su lapidario epitafio. Señal inequívoca de su muerte anunciada.

Por si fuera poco, nuestra madre descubrió poco después, en un tercer cajoncito del secreter, otro increíble documento: una decena de cuartillas en el interior de un sobre a nombre de ella. Empezó a leerlas poco después en una butaca tapizada del salón, en reverencial silencio. La vimos derramar entonces un torrente de lágrimas, obligada a interrumpir la lectura varias veces, agarrada al pañuelo mientras iba formándose un pocito en el suelo.

Cuando ella falleció, al cabo de dieciocho años, lloré también yo a moco tendido mientras leía esas mismas cuartillas en las que mi padre resumía de modo sorprendente y con una belleza admirable el largo caminar por la vida junto con mi madre, culminado con ese capítulo que él había titulado de modo tan explícito: *El amanecer sin ocaso*. Un largo caminar juntos hasta alcanzar la meta del Cielo, donde ya nunca más se pondría el sol.

Estaban escritas a corazón abierto, sabiendo que muy pronto iba a morir tan mansamente como un cordero. Repasaba en ellas los años felices de su matrimonio y las espinas de sus sufrimientos, que en el Cielo florecerían ya para siempre. Cada vez que meditaba esas primorosas palabras inspiradas por el Paráclito, no podía evitar emocionarme. Un día se las di a leer a una persona consagrada muy especial. Cuando terminó de hacerlo, musitó: «Tu padre era un místico».

La revelación

Llegó el día del funeral. La homilía del sacerdote del Opus Dei Cristino Solance, director espiritual de mi padre, nos emocionó a toda la familia. Esbozó la semblanza de un hombre que se fio de Dios hasta sus últimas consecuencias. Un esposo y padre ejemplar, amigo de sus amigos. Un hombre de carne y hueso, al fin y al cabo. Y luego, en la sacristía, tuvo lugar la asombrosa e inesperada revelación. Don Cristino se acercó a mi madre para reiterarle el pésame y durante la breve conversación salió a relucir el gran secreto:

—Bueno, ya lo sabes… —comentó el sacerdote.

—¿Qué más debo saber? —inquirió mi madre con gesto de sorpresa.

—¿No te lo dijo él? —se extrañó el clérigo.

—No me dijo nada en absoluto.

—Ofreció su vida por Juan Pablo II.

—¡Cómo dice…!

—Pensé que te lo habría contado. Lo hizo el mismo día del atentado en la plaza de San Pedro para que el Papa pudiese salvarse.

—¡Por Dios santo! ¿Cómo no me dijo nada? —exclamó mi madre.

—Estate muy tranquila porque ya ha entrado en su nueva morada del Cielo —sonrío él.

Solo entonces lo comprendimos todo. Le operaron el mismo día 5 de agosto de 1981, festividad de la Virgen de las Nieves, en que intervinieron por segunda vez al Papa para retirarle la prótesis intestinal. Superada al fin la enfermedad, la convalecencia del Pontífice evolucionaba satisfactoriamente, por lo que para que los intestinos recuperasen sus funcio-

nes normales debía eliminarse la «colostomía transitoria» que se le había practicado por medio de otra pequeña intervención quirúrgica. La operación fue un éxito. No así la de mi padre. Wojtyla lo supo finalmente y envió a mi madre unas letras de agradecimiento y un Rosario de cuentas blancas a través de su secretario personal, el hoy cardenal Stanislaw Dziwisz.

El mismo 5 de agosto, pero veintiocho años después, volví a nacer yo a la gracia de Dios por intercesión del Padre Pío, tras permanecer quince largos años sin pisar un confesonario. Las casualidades no existen.

Y hasta entonces, el Papa polaco protagonizó uno de los pontificados más largos y fructíferos que se recuerdan en la legendaria Historia de la Iglesia; entre otras razones, gracias a los padres de familia que ofrecieron su vida, como almas víctimas, para que así sucediese. De esta manera fue como Wojtyla reinó durante veintiséis años, cinco meses y diecisiete días. El primer Papa no italiano desde hacía cuatrocientos cincuenta y seis años, cuando en 1522 había sido elegido Adriano VI, holandés de Utrech, quien reinó tan solo un año.